

ARCHIVO Y BIBLIOTECA DE LOYOLA.

Abrir puertas, tender puentes

Con 40.000 ejemplares anteriores al año 1900, la de Loyola es la biblioteca vasca con más fondo antiguo. El Archivo y Biblioteca de Loyola lleva ya diez años abierto al público, pero quiere intensificar su relación con el entorno para no quedarse en mero depósito

San Sebastián. DV.

Gipuzkoa es rica en lo que respecta al patrimonio bibliográfico. Si puede servir de indicador, cinco bibliotecas guipuzcoanas -frente a tres alavesas y dos vizcaínas- aportan sus referencias al Catálogo Colectivo de Patrimonio Bibliográfico Español, en el que encuentran acomodo los fondos que, por su singularidad o riqueza, forman parte del Patrimonio Histórico común. Y, a diferencia de lo que ocurre en las restantes provincias de la Comunidad Autónoma, tres de las cinco bibliotecas guipuzcoanas cuyos fondos merecen esa consideración pertenecen a órdenes religiosas. Son la biblioteca de los Padres Benedictinos en Lazkao -en fase de renovación-, la que mantienen los Padres Franciscanos en Arantzazu y la impresionante biblioteca del Santuario de Loyola.

La tradición y la riqueza de fondos de las tres es fácilmente comprensible teniendo en cuenta dónde se desarrolló y se depositó el saber durante muchos siglos. En lo que respecta a su situación actual, pese a las diferencias existentes comparten más rasgos comunes que la importancia de sus contenidos, como una vocación pública compatible con la titularidad privada y el hecho de que, en todos los casos, se gestionan con medios que, pese al esfuerzo que realizan las tres órdenes, están muy lejos de los que disponen otras bibliotecas, especialmente las públicas, que se les pueden aproximar en dimensión.

Ninguna rehuye la reflexión sobre el futuro. Un convenio firmado el pasado año con la Diputación Foral de Gipuzkoa ha dejado bastante encaminado el de la biblioteca y el archivo de los benedictinos en Lazkao. La de Arantzazu, aunque todavía no hay nada acordado al respecto, sigue su curso habitual con la tranquilidad que proporciona saber que, desde diciembre del pasado año, una fundación integrada por los propios franciscanos, el Ayuntamiento de Oñati y la Diputación de Gipuzkoa, abierta a la incorporación de nuevos miembros, garantiza el futuro del santuario mariano más visitado de Euskadi y todos sus servicios. En cuanto a la de Loyola, tiene muy claro que su futuro pasa por avanzar en el camino de apertura que inició hace una década e intensificar sus relaciones con el entorno. Algo que no podemos hacer en solitario, apunta el superior de Loyola, José María Etxeberria.

Una evolución de siglos

Con 134.000 libros, la Biblioteca de Loyola es, tras la Biblioteca de la Diputación Foral que tiene su sede en el centro Koldo Mitxelena de San Sebastián, la segunda biblioteca de Gipuzkoa en cuanto al volumen de sus fondos. Si se repara en los libros anteriores a 1900, de los que pueden encontrarse en Loyola más de 40.000, no sólo es la más importante de Gipuzkoa, sino que su primacía se extiende a toda la Comunidad Autónoma.

La Biblioteca de Loyola, indisociable de un Archivo igualmente rico, comenzó a constituirse en el mismo momento en que los jesuitas se instalaron en Loyola, en 1682. Desde entonces, ha acompañado a la evolución del Santuario, respondiendo a las necesidades que se planteaban en cada momento. Y ha resistido prácticamente incólume a ocho expulsiones. La responsable de la Biblioteca y el Archivo, Olatz Berasategi, recuerda que siempre se encontraban aposentos en los que esconder los libros y los documentos, y en ocasiones también los guardaban en caseríos de la zona. El caso es que la Biblioteca y el Archivo -ambos servicios se gestionan necesariamente de modo diferenciado, pero constituyen una unidad- han ido creciendo a lo largo de los siglos hasta consolidar el patrimonio actual. En el caso de la Biblioteca, constituida por el Fondo Antiguo, la Biblioteca Ignaciana, la Biblioteca Vasca -que cuenta con unas 10.000 obras sobre tema vasco- y la biblioteca general con libros de los siglos XX y XXI, es también reflejo del trabajo que han desarrollado en Loyola jesuitas de trayectoria intelectual tan destacada como el Padre Larramendi -autor de *El imposible vencido*, la primera gramática del euskera-, Sebastián de Mendiburu, ambos del siglo XVIII o, entre otros muchos, el también jesuita Plácido Mujika, fallecido en 1982 y autor de uno de los diccionarios en euskera más utilizados.

Aunque la Biblioteca Ignaciana y la Biblioteca Vasca han sido cuidadas siempre con gran esmero y atención por los jesuitas, Loyola destaca por su fondo antiguo, en el que pueden encontrarse 37 incunables -denominación que reciben los libros impresos antes de 1501- que todavía sorprenden en muchos casos por el excelente estado del papel, la capacidad de pervivencia de las tintas que emplearon y la belleza de las encuadernaciones. Con la *Geographiae* de Estrabón (1480) como obra más antigua, su contemplación es un placer reservado a unos pocos, ya que las salas que conservan los fondos más valiosos no están abiertas al público, siendo los responsables de la Biblioteca quienes facilitan a los investigadores los materiales que necesitan.

El Archivo, que se gestiona con idéntico criterio de atención y asistencia personalizada, destaca también por su variedad. El Archivo Histórico de la Casa de Loyola -170 metros lineales de documentación y 10.000 registros-, está formado por los fondos de San Ignacio y su familia, el fondo de archivo propio del Santuario, el correspondiente a la Compañía de Jesús, fondos de historia civil y archivos privados de familias guipuzcoanas. Sin menospreciar su valor, puede decirse sin embargo que una de las joyas del Loyola es el Archivo y Biblioteca Musical Nemesio Otaño, vasto y rico legado del jesuita Nemesio Otaño (1880-1956), compositor y musicólogo considerado uno de

los principales renovadores de la música sacra del siglo XX. Ya se han realizado más de 90.000 registros de los documentos que contiene su fondo, pero en él queda todavía muchísimo por hacer, mucho por descubrir.

Diez años de apertura

El Archivo y la Biblioteca de Loyola, además de crecer incesantemente, también han viajado, aunque lo hayan hecho dentro de los límites del Santuario. Se encuentran en su actual ubicación desde 1997, fecha en la que finalizaron las obras de acondicionamiento del ala norte del Santuario - la que se encuentra a la derecha de la Basílica- para que acogiera en las mejores condiciones los fondos bibliográficos y archivísticos de Loyola. Aquella obra, acometida por la Diputación Foral de Gipuzkoa, no sólo supuso el traslado físico de los fondos a las salas que ocupan en la actualidad, sino que marcó el inicio de la política de apertura de la Biblioteca y el Archivo de Loyola ya que los jesuitas, conservando la propiedad de todos los fondos manuscritos e impresos, accedieron a abrir al público las puertas del centro.

A pesar de todo, según el Superior de Santuario de Loyola José María Etxeberria, la Biblioteca y el Archivo siguen siendo grandes desconocidos. La gran frustración es saber que aquí existe toda esa riqueza y que a veces parece que es puro depósito, se lamenta. A su juicio, las puertas que abrieron hace diez años no se franquean con la frecuencia suficiente porque la gente no sabe todo lo que hay.

Su reto, su sueño, es poner los fondos de Loyola a disposición de todos los que puedan sacar algún provecho de ellos y, al mismo tiempo, convertir la Biblioteca y el Archivo en un foco de dinamización científica y cultural, que podría dar paso a la organización de seminarios, de congresos, de reuniones especializadas.

Loyola está totalmente integrada en este gran valle -afirma-, y esa es también la vocación de su Biblioteca, pero una biblioteca como ésta sólo se puede poner al servicio del entorno, incluso de un entorno más lejano que el más próximo, si se acepta que es una iniciativa jesuítica privada pero de carácter social que puede enriquecer culturalmente a la sociedad. La Biblioteca y el Archivo serían un excelente recurso para seguir teniendo puentes entre Loyola y la sociedad, convirtiendo un depósito en algo vivo, en algo conocido.

Para ello, sin embargo, es imprescindible que exista un apoyo y un interés público para acompañar a los recursos de los que aquí disponemos, que son limitados y no nos permiten abordar todos los proyectos necesarios. Como por ejemplo, la digitalización de los fondos, una tarea que de momento no se puede acometer. Junto con el llamamiento, un mensaje: Que la gente sepa que tenemos abiertas las puertas, que si tienen curiosidad les invitamos a que se acerquen.